

INTERNACIONALES. — NOTICIA HISTÓRICA

1866. 14 de Junio, declaración de guerra de Prusia y de Italia á Austria; 24 de Junio, Custoza; 3 de Julio, Sadowa ó Koniggratz; 4 de Julio, restitución de Venecia á Francia; 17 de Julio, los Prusianos llegan hasta Viena; 20 de Julio, Lissa; 21 de Julio, armisticio. — Congreso de la Internacional obrera en Ginebra. — 4 de Noviembre, Mentana.
1867. 5 de Febrero, los Franceses abandonan Méjico; 19 de Junio, ejecución de Maximiliano. — Rusia vende el Alaska á los Estados Unidos. — Insurrecciones en Creta y en Cuba.
1868. 17 de Septiembre, insurrección de Cádiz; 30 de Septiembre, huída de Isabel II. — Toma de Samarkand por los Rusos. — Golpe de Estado en el Japón.
1869. 17 de Noviembre, apertura del canal Suez.
1870. 8 de Mayo, plebiscito; 19 de Julio, declaración de guerra á Prusia; 2 de Agosto, primeras escaramuzas; 14-18 de Agosto, Borny, Rezonville, Gravelotte, Saint Privat; 1-2 de Septiembre, Sedán; 4 de Septiembre, proclamación de la República; 18 de Septiembre, cerco de París; 27 de Octubre, rendición de Metz; 9 de Noviembre, Coulmiers.
1871. 3 de Enero, Bapaume; 10 de Enero, Villersexel; 18 de Enero, el rey de Prusia es proclamado emperador alemán en Versalles; 28 Enero, rendición de París y armisticio; 1.º de Febrero, el ejército del Este se refugia en Suiza.

1870. 20 de Septiembre, entrada de los Italianos en Roma; 16 de Noviembre, Amadeo de Saboya, rey de España.
1871. 8 de Febrero, elecciones en Francia; 1.º de Marzo, paz; 18 de Marzo - 28 de Mayo, Commune de París.
1872. Principio de la guerra carlista.
1873. 11 de Febrero, Amadeo sale de España. — 24 de Mayo, Mac-Mahon reemplaza á Thiers. — Julio, movimientos federalistas en Málaga, Cádiz, Sevilla, Cartagena. — 16 de Septiembre, evacuación del territorio francés por los ejércitos alemanes; 20 de Noviembre, organización del Septenado. — Los Rusos toman Khiva.
1874. 3 de Enero, golpe de Estado del general Pavía; 12 de Enero, rendición de Cartagena; 29 de Diciembre, restauración de la monarquía por Martínez Campos.
1875. 30 de Enero, la república francesa es votada por 353 votos contra 352. — Sublevación en Herzegovina.
1876. 28 de Febrero, fin de la guerra carlista. — 29 de Mayo, deposición de Abd-ul-Aziz, asesinado el 11 de Junio; 31 de Agosto, Abd-ul-Hamid reemplaza á Murad V. — Guerra serbio-turca.
1877. 16 de Mayo, golpe de Estado de Mac-Mahon; Octubre, reelección de los 363. — 22 de Junio, los Rusos atraviesan el Danubio; Julio-Diciembre, luchas alrededor de Plevna; 18 de Noviembre, toma de Kars.
1878. 14 de Febrero, la flota inglesa atraviesa los Dardanelos; 3 de Marzo, tratado de San Stefano; 13 de Junio - 13 de Julio, Congreso de Berlín.
1879. 30 de Enero, dimisión de Mac-Mahon. — Guerra anglo-afghana. — Guerra entre Chile y una alianza bolivio-peruana.
1881. Los Rusos entran en Turkmenia y los Franceses en Túnez. Tesalia es devuelta á Grecia.
1882. 11 de Julio, bombardeo de Alejandría; los Ingleses ocupan Egipto. — Toma de Hanoi.
1883. Estalla la guerra entre Servia y Bulgaria. — Los Franceses se apoderan de Annam.
1884. Los Rusos toman Merv. — Guerra franco-china.

1885. Febrero, la conferencia de Berlín organiza la ocupación europea de Africa. — 18 de Septiembre, reunión de Rumelia á Bulgaria. — 26 de Enero, toma de Khartum por el Mahdi. — 28 de Febrero, derrota de Lang-Son; 9 de Junio, paz franco-china. Inglaterra anexiona Barmania.
1886. Un bloqueo europeo impide á Grecia emprender la guerra.
1889. 15 de Noviembre, proclamación de la república en el Brasil.
- 1894-1895. Guerra chino-japonesa. — Primeros trabajos del Transiberiano.
1896. 1.º de Marzo, derrota de los Italianos en Adua.
1897. Rebeldía de Creta; guerra greco-turca.
1898. Proceso Dreyfus. — Mayo á Agosto, guerra hispano-americana. — Septiembre, batalla de Omdurman; Franceses é Ingleses en Fachoda. — Los Rusos se instalan en Port-Arthur y los Ingleses en Wei-hai-wei.
1899. Enero, los Alemanes en Kiao-Tcheu. — Insurrección en las Filipinas.
1900. Sublevación de los Boxers en China; expedición europea.



INTERNACIONALES

La conciliación entre el Capital y el Trabajo es imposible, pero cada nueva lucha da lugar á transacciones que se acercan á la justicia.

CAPÍTULO XX

INTERNACIONAL OBRERA. — CANAL DE SUEZ. — SADOWA.
 UNIDAD ITALIANA. — GUERRA FRANCO-ALEMANA. — ESPAÑA.
 LA COMMUNE DE PARÍS Y EL FEDERALISMO ESPAÑOL.
 FILOXERA. — GUERRA RUSO-TURCA. — TRATADO DE BERLÍN.
 EXPANSIÓN COLONIAL. — REPARTICIÓN DE ÁFRICA. — EUROPA Y ASIA.
 GUERRA AMERICANO-ESPAÑOLA. — SINDICATO DE LAS NACIONES.

Las diversas revoluciones de Europa que arrojaron fuera de su patria á todos los desterrados ó emigrados, dieron un resultado importantísimo en la historia, ayudaron á constituir agrupaciones nuevas aparte de los sentimientos exclusivos, siempre mezquinos, del origen nacional. En aquellos barrios del centro de Londres, donde, por un fenómeno de agregación debido á la necesidad del apoyo mutuo, se hallaban todos los revolucionarios extranjeros, Italianos de Venecia, de Génova y de Roma, Españoles

de Barcelona y de Valencia, Parisienses y Badenses, Polacos y Rusos, la alianza había de hacerse: la comunidad del objeto, de los intereses y de los medios empleados producía una concordancia al menos parcial entre los proscritos, á pesar del obstáculo que oponían las diferencias de costumbres y de lenguaje, como también las rivalidades de las ambiciones de los que codiciaban el poder. De ese modo se constituía una especie de gobierno oculto de los Estados Unidos de Europa, sin que la orgullosa Inglaterra se dignase conocer los actos de los hombres caídos que le habían pedido un asilo y que trabajaban para la reconstrucción del mundo. Constituía ciertamente un hecho político de primer orden aquel intento de acuerdo internacional en vista del establecimiento de un nuevo equilibrio europeo basado sobre la libertad cívica y sobre la representación equitativa de todos los intereses; pero los compromisos recíprocos tomados por los contratantes carecían de la sanción popular, única que podía darles la realización futura, y ocurría además que la mayoría de aquellos hombres políticos, habían participado en el gobierno de su país de origen, y no aplicaban un absoluto desinterés á la realización de su misión.

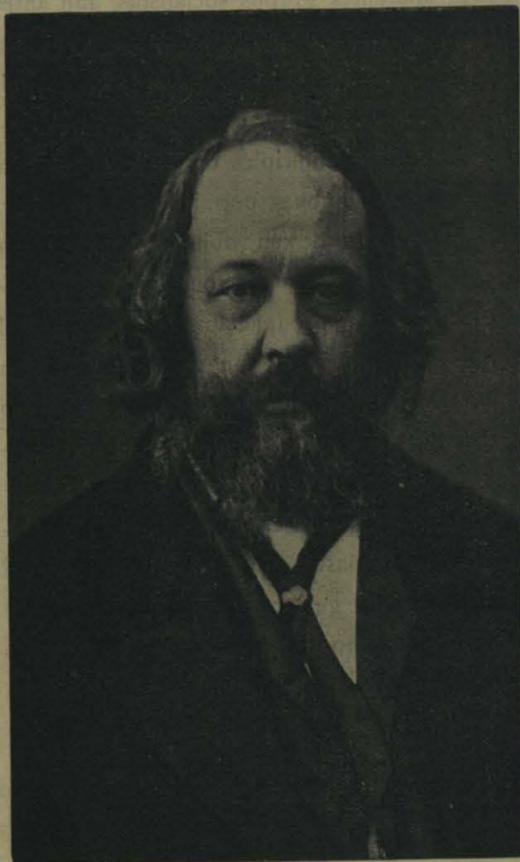
¡Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones, fué la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes á todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común! Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados á odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos. Esa unidad moral, esa humanidad de que en otro tiempo hablaban los filósofos y que la mayoría consideraban como un sueño imposible, comenzaba á tener un principio de realización en las calles tristes y fangosas de Londres, bajo la niebla pesada y negruzca.

Los principios de la obra fueron poca cosa y apenas pueden dis-

tinguirse sus orígenes, que son numerosos y que se hallan muy lejos en el pasado, como las raíces y las raicillas de un gran árbol que se buscan y se estudian entre las hendiduras de la tierra. Á justo título pueden señalarse diferentes grupos socialistas, aun antes de la revolución de 1848, como precursores de La Internacional, y algunas vanidades de partido se han aprovechado de ello para atribuirse la gloria de haber dado el impulso decisivo á ese movimiento. El hecho es que después de múltiples iniciativas, la nueva sociedad apareció en 1864 en las reuniones populares de Londres, absoluta y definitivamente consciente de su objeto, hablando un lenguaje cuyos términos todos habían sido escrupulosamente precisados, porque los hombres que los pronunciaban se dirigían al mundo entero y sabían que sus palabras serían oídas de siglo en siglo. Comprendiendo que «la emancipación de los trabajadores no se haría sino por los trabajadores mismos», la Asociación Internacional apelaba á todas las energías de los que trabajan para combatir todo monopolio, todo privilegio de clase, y les ponía en guardia contra toda participación en las pasiones y en las intrigas de la política burguesa. En su contenido general, el manifiesto de los obreros internacionales resonaba como un grito de guerra contra todos los gobiernos; pero, sobre éstos, se dirigía fraternalmente á todos los hombres, entre los cuales «la verdad, la justicia y la moral debían constituir la línea de conducta, sin distinción de color, de fe ni de nacionalidad. ¡No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes!» Quizá sobraba en esta proclama de los obreros asociados la palabra «fe», porque el hombre que cree en un poder sobrenatural y se conforma ciegamente con las órdenes que supone se le envían desde el cielo no puede comprender la libertad, y, por consecuencia, no puede pertenecer á una asociación de compañeros que reivindican sus derechos y se disponen á conquistarlos.

Grande fué la emoción en el mundo de la clase poseedora que se distribuye los beneficios y hace trabajar en su provecho á las multitudes de campesinos y obreros. Impulsada por la lógica de las cosas, que muestra en el presente la realización del porvenir, la burguesía se imaginó que la gran masa obrera formaba parte de

la flor del proletariado agrupado en una Internacional, y en su terror creyó ver de repente miles y miles de obreros hostiles ponerse frente á frente. Fué aquella una ilusión de que se vengó



Cl. del *Reveil de la Chine*

MIGUEL BAKOUNINE, 1814-1876

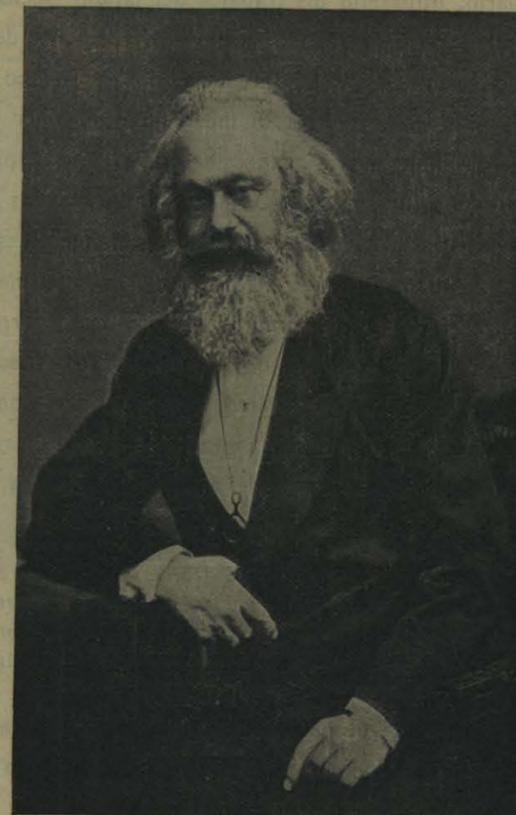
representante de la tendencia federalista y anarquista en La Internacional.

después aplicando las prisiones, los destierros y los fusilamientos en masa; mas por escaso que fuera al principio el número de los hombres conscientes de la fuerza de la idea, comprendiendo el antagonismo absoluto del trabajo libre y del monopolio capitalista, las persecuciones no podían aniquilarla. Esta vez la semilla se había arrojado sobre una tierra favorable. En Francia, especialmente, se tuvo la candidez de creer, después de la Commune, que las leyes, los decretos y las amenazas de proceso habían suprimido La Internacional,

que la simiente había sido extirpada ó esterilizada; pero quede el nombre ó desaparezca, que las etiquetas cambien ó se modifiquen, nada importa al hecho que permanece cierto, firme, inquebrantable como un decreto del destino: ¡La Internacional es el producto mismo de la civilización contemporánea! Los trabajadores se han salvado de la ignorancia primera: saben y sabrán cada vez con mayor certidumbre que sus intereses son los mismos acá y allá

de las fronteras y de los mares, sobre toda la superficie del globo, que su patria se empequeñecerá constantemente comparada con la gran patria, que es la Humanidad.

Por más que los gobiernos combatían La Internacional en uno de sus elementos, la Internacional obrera, no dejaban de ser arrastrados por la corriente de la historia hacia manifestaciones que habían de dar el mismo resultado: también ellos trabajaban por el empequeñecimiento de los límites nacionales, sobre el continente de Europa: las redes de ferrocarriles se enlazaban unas con otras en mallas cada vez más numerosas; se abría un subterráneo debajo de los Alpes para unir Francia é Italia, mientras que en la América del Norte se plantaban rieles apresuradamente sobre las



Cl. Pinkau y Gehler.

CARLOS MARX, 1818-1883

representante de la tendencia centralista y socialista en La Internacional.

mesetas y los desiertos de las Rocosas para poner en comunicación, á través de los continentes, los dos grandes puertos del Atlántico y del Pacífico, New-York y San Francisco.

Se trabajaba para hacer algo todavía más grande, para cortar el pedúnculo que unía Africa al resto del Mundo Antiguo. Era en realidad la continuación de una obra que la naturaleza había hecho ya, probablemente durante un corto período de las edades cuater-

narias, y que los hombres habían terminado también por una vía indirecta hace más de dos mil años. La leyenda y la historia hablan de un canal, trazado desde la rama oriental del Nilo hasta el golfo de Arsinoe, á la extremidad del mar Rojo, y se sabe que Darío, utilizando los trabajos del faraón Nechao, le dió una anchura suficiente para que pasaran dos trirremes de frente. Cerrado por las arenas, el canal fué reparado en tiempo de los Ptolomeos, y después restaurado á lo menos por segunda vez durante el reinado de Trajano: era el «Río» por donde se transportaban á las orillas del Nilo los bloques de pórfido extraídos de las montañas ribereñas del mar Rojo. Amru restableció una vez más esta vía navegable, pero después arenas y fangos continuaron nuevamente su obra y durante once siglos Africa volvió á soldarse al cuerpo continental de Asia. No obstante, todos los grandes hombres deseaban la restauración del canal egipcio. Los versos que Marlowe pone en boca de Tamerlán prueban de qué manera excitaba las imaginaciones la preocupación del rompimiento del istmo en la época del Renacimiento:

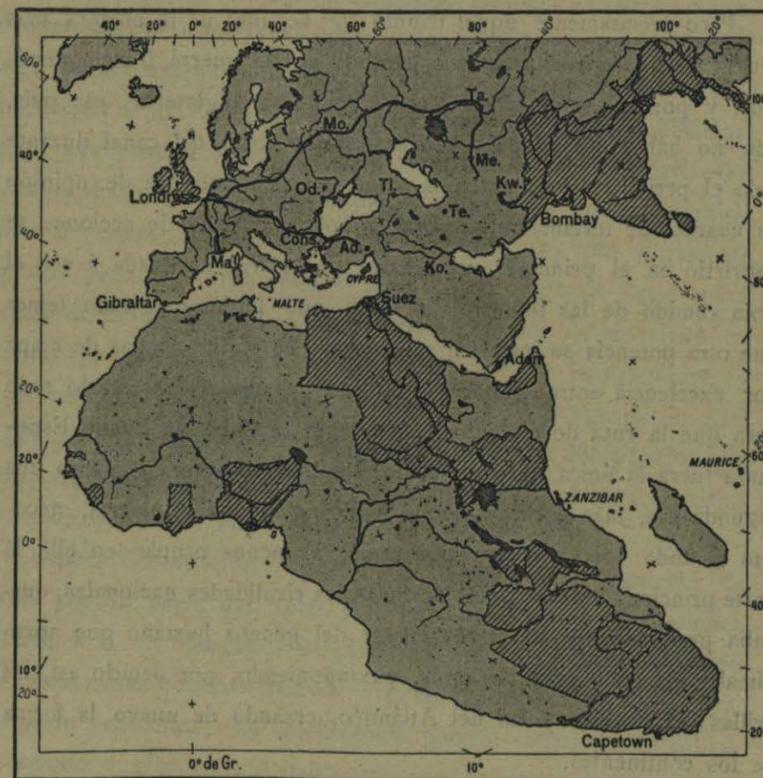
«And here, not far from Alexandria,
Whereas the Tyrrhene and the Red Sea meet,
Being distant less than full a hundred leagues,
I mean to cut a channel to them both,
That men might quickly sail to India»¹.

Durante el período de fervor de la grande industria moderna, precisamente cuando se esperaba del trabajo intensivo de los obreros una especie de renovación mundial, los discípulos de Saint Simon, fanáticos de la apertura del istmo asiático-africano, hicieron de él casi un dogma de su religión, y los ingenieros por ellos enviados hicieron sobre el terreno las nivelaciones preliminares y los proyectos de la obra, continuados después en beneficio de los especuladores y de los banqueros. Puede decirse que, virtualmente, el canal estaba ya abierto cuando Bourdaloue hubo terminado su trabajo geodésico de mar á mar en 1847. Pero hubieron de pasar más de veinte años antes de que la empresa lograra triunfar defi-

¹ *Tamburlaine the Great*. — Y aquí, no lejos de Alejandría — donde el Mediterráneo y el mar Rojo se aproximan — y están separados por menos de cien leguas — yo cavaré un canal — para que el hombre abrevie su ruta hacia las Indias.

nitivamente de las rivalidades políticas, de la envidia comercial y de la animadversión de la Gran Bretaña y de la Puerta; y aun ese triunfo no se hubiera obtenido seguramente sin las prodigiosas liberalidades del khedive de Egipto, Ismail Pachá, sin los millones y

N.º 461. Rutas de Londres á Bombay.



La actual ruta de tierra pasa por Moscou, Tachkent, Merv, esperando la vía férrea de Odessa, Tiflis, Teherán y Koweit. — La ruta de mar pasa por el Cabo ó por Gibraltar, Suez y Aden. — Las rutas mixtas son las de Marsella y Suez ó de Constantinopla, Adana y Koweit.

El arco de gran círculo que une Londres á Bombay es en este mapa una línea recta; las distancias — 1 centímetro por 10 grados, son correctas á lo largo de la base y en la dirección normal. El barco que dobla el Cabo de Buena Esperanza se halla más lejos de Bombay que á su salida de Londres.

millones de francos pagados en reclamo y sin el trabajo gratuito de los siervos fellahin que recogían la tierra del canal en sus cestos de fibras vegetales. Por último, el 17 de Noviembre de 1869, una suntuosa escuadra de barcos decorados y floridos remontó el canal inter-oceánico desde Port-Said al lago Timsah. Era aquel cierta-

mente un hecho capital en la historia del comercio y hasta en la de la toma de posesión del globo por la humanidad, pero el apreciador superficial de los acontecimientos sólo vió un triunfo de Francia, que por sus ingenieros había hecho los estudios, había suministrado los capitales y cuya soberana, bella todavía, presidía magníficamente el cortejo.

Pero precisamente aquel triunfo fué seguido de la manera más brusca de un terrible trastorno causado por la guerra franco-germánica, y por un singular cambio de frente de Inglaterra: ese país, que no había cesado de oponerse á la apertura del canal durante todo el período de los trabajos, cambió repentinamente de opinión en cuanto fué terminada la obra, y por la compra de acciones se convirtió en el principal propietario de la vía destinada á ser el gran camino de las Indias. En tanto que Inglaterra pudo temer que otra potencia se instalase sólidamente en Egipto, lugar de etapa por excelencia entre Londres y Bombay, había de intentarlo todo para que la ruta de circunnavegación por el Cabo de Buena Esperanza fuera la única frecuentada por los barcos, pero en cuanto una segunda vía, más corta y menos peligrosa, se halló abierta, necesitó á toda costa, si no apoderarse, al menos ocupar en ella la parte principal. Mas á pesar de todas las rivalidades nacionales, quedaba predominante el interés mayor del género humano que aproximaba los pueblos y las razas, yuxtaponiendo, por decirlo así, las orillas del Pacífico y las del Atlántico, creando de nuevo la forma de los continentes.

Semejantes resultados dominan singularmente en la historia esencial del mundo sobre las consecuencias relativamente pasajeras causadas por los conflictos de pueblo á pueblo, y hasta por las guerras de invasión, por terribles que sean y por numerosos que fuesen los desastres causados por esos choques. En aquella época ya no pertenecía á Francia la iniciativa en los asuntos europeos, pues que ya no tenía política nacional y se hallaba gobernada por un hombre enfermo, gastado, vacilante y solapado. El juego de la diplomacia estaba dirigido por Prusia, guiada y dominada por un hombre de clara inteligencia, de voluntad poderosa é indudable-

mente superior á todo escrúpulo ó preocupación. Ya el conde de Bismark había despejado completamente el terreno político en la asamblea del mundo germano, estableciendo de una manera indiscutible la hegemonía de Prusia en los asuntos de Alemania. Ante todo (1864) se solucionaba en provecho de Prusia la cuestión de las fronteras de Dinamarca, apoderándose de toda la parte, incontestablemente germánica, de aquel reino situada al sud de Flensburg, y hasta extendiendo el límite político á cerca de un centenar de kilómetros al Norte, en pleno territorio del imperio dinamarqués: para ponerse en regla con el principio de las nacionalidades, se había dicho que los Dinamarqueses podrían en ocasión propicia unirse de nuevo á la patria escandinava por un voto libremente emitido, pero ese voto no se pidió jamás. Prusia llegó así á hacerse dueña del anejo estratégico más importante de su territorio: el Holstein domina la desembocadura del Elba y la del Trave, y posee las campiñas cruzadas por el gran canal de navegación de Kiel al Elba, considerado desde la anexión como uno de los trabajos que habían de emprenderse con más urgencia para completar los medios de acción del futuro imperio¹.

Después de ese primer golpe que aseguraba la posición de Prusia por la parte del Norte y le daba una frontera estratégica perfecta, á la vez ofensiva y defensiva, se trataba de hacer un nuevo movimiento más decisivo todavía, expulsando al Austria de la Confederación germánica. La combinación parecía tanto más irrealizable, cuanto que el Austria había prestado su apoyo á Prusia para conquistar el Holstein, y el primer acto de reconocimiento iba á ser declararle la guerra. No se vaciló lo más mínimo; sabias maniobras diplomáticas lograron embrollar las dos grandes potencias alemanas, y estalló la guerra (1866), y Prusia, mejor armada, preparada desde mucho antes, perfectamente consciente de su objeto y bien en regla con Europa, donde se había asegurado la alianza de Italia y la no intervención de los Franceses y de los Rusos, marchó casi matemáticamente á la victoria. Dos semanas después de la declaración de guerra, ganaba la batalla decisiva de Sadowa y se

¹ Véase el mapa n.º 295, pág. 495, tomo III.

aprovechaba con gran habilidad de su triunfo para no pedir apenas á Austria más que satisfacciones morales, tanto más eficaces en realidad cuanto que imponían al vencido una especie de gratitud. El viejo imperio de Habsburgo se encontraba excluido de la Confederación germánica, mientras que los otros Estados de Alemania, reinos, electorados, principados y ciudades «libres» cambiaban de orientación y gravitaban forzosamente en el círculo de la hegemonía prusiana.

De ese modo la nación alemana, que en 1848 había intentado constituirse espontáneamente por entero y por la libre voluntad de sus pueblos, reaparecía veinte años después reformada por la voluntad de un amo, pero esta vez incompleta, mutilada, puesto que los Alemanes austriacos habían sido rechazados de la nueva agrupación, y había de fiar á guerras ó á revoluciones futuras el término de la obra comenzada. En el fondo, esa política de «hierro y de sangre», en que los historiadores adoradores del éxito vieron el testimonio del genio monárquico de Prusia, consistió en impedir, por la fuerza y por la astucia, la formación libre y plena de la nación alemana, para rehacerla después bajo el aspecto de un ejército, cuyos cuadros no comprenden todavía todos sus regimientos.

La unidad pan-germánica no está, pues, hecha todavía; en cuanto á la unidad italiana, puede considerarse esta etapa de la historia como definitivamente reconocida. Sin embargo, Italia, en su campaña contra Austria, no fué afortunada. Perdió en tierra la batalla de Custozza, y en mar, su flota, de la que esperaba mucho, fué en parte destruída y dispersada en el Adriático, cerca de la isla de Lissa. Entonces Austria, habiendo salvado completamente respecto de Italia su prestigio militar, pero obligada, no obstante, á sostener su ejército al otro lado de los Alpes para cubrir su capital contra Prusia, salió de apuros por medio de un golpe teatral, cediendo Venecia á su aliado Napoleón III, quien, á su vez, la entregó á Víctor Manuel, bajo reserva de una aceptación por el sufragio popular. Después de varias hipocresías diplomáticas, destinadas á atribuir á Prusia el mérito de la cesión, el antiguo reino de Piamonte, llegado á los límites naturales de la Península, pudo al fin redondear su territorio hasta el hemicírculo de los Alpes: Ita-

lia estaba hecha desde el punto de vista geográfico, aunque incompleta siempre, si la política hubiera de obedecer al voto de las poblaciones, porque es indudable que en el Tirol meridional y en Istria, los ciudadanos de lengua italiana se manifestarían en gran mayoría deseosos de entrar en la unidad peninsular.

Provisionalmente, la guarnición francesa continuaba protegiendo



VUE GÉNÉRALE DU VATICAN

Cl. P. Sellier.

VISTA DEL VATICANO Y DE SUS JARDINES

al papa contra la entrada de las tropas de Italia en Roma, ¿pero quién no presentía cuán contraria era aquella testarudez á las necesidades de la historia? En cuanto la guerra franco-alemana hubo manifestado la superioridad de Prusia, el gobierno italiano se apresuró á ocupar todo el territorio de Roma, provincia y ciudad, «con el fin de asegurar la independencia espiritual del papa» (20 de Septiembre de 1870). La ironía era algo fuerte, pero ¿qué había de hacer Pío IX más que someterse y pronunciar la excomunión mayor contra el invasor? Precisamente acababa de reunirse un concilio en el Vaticano para votar la infalibilidad del Soberano Pontífice. Estaba en la lógica de las cosas que á la supresión efectiva y total del poder temporal correspondiese la exaltación del poder espiritual.

Convertido en el «prisionero del Vaticano», el papa se elevaba al rango de los dioses.

En la misma época España se hallaba en una crisis de nacimiento y de adaptación á las ideas modernas. En 1868 se produjo un movimiento general de reprobación contra las intrigas y las costumbres de la corte, que produjo la expulsión de la reina Isabel II en el momento en que se aliaba estrechamente con Napoleón y el papa para asegurar el sostenimiento del poder temporal de la Iglesia.

Aunque la revolución hubiera llevado á la disputa del poder toda una multitud de ambiciosos, príncipes, generales, diplomáticos y oradores, el impulso liberal de abajo dió en un principio á la situación un carácter casi republicano: se expulsaron los jesuitas, se suprimieron los bienes de manos muertas, se proclamó la entera libertad de la prensa y de la enseñanza; hasta se abolieron los consumos, ese cáncer de la vida nacional, y se concedió á cada ciudadano de veinticinco años el derecho de sufragio. La república se hubiera instituido en España si el Estado no hubiera tenido esos dos parásitos, el ejército y la armada, y si el Estado mismo no hubiera sido el parásito de sus lejanas colonias, las Filipinas y las Antillas.

Cuba, «la perla antillana» por excelencia, se insurreccionó al mismo tiempo que la metrópoli y, como España, reivindicaba su independencia, procurando desembarazarse de su peligrosa institución, la esclavitud de los negros, germen seguro de revoluciones y de matanzas futuras. Pero se ganaba demasiado dinero en las ricas plantaciones para que los ávidos funcionarios y los aventureros de ultramar no tuviesen empeño en reprimir la insurrección cubana y conservar la esclavitud de los Africanos: la elocuencia de los discursos sobre el honor nacional bastó para engañar á la cándida multitud de los ciudadanos. Harto enredada todavía en todo su aparato monárquico, con sus colonias de esclavos inclusive, España no podía dejar de reconstituirse en monarquía, y la regencia de Serrano no tuvo otra misión que practicar humillantes diligencias en busca de un rey. Se creyó haber encontrado uno en la persona de un príncipe de Hohenzollern, pero esa elección hubiera podido hacer que estallara la guerra entre Francia y Alemania antes que Bismark

estuviera completamente dispuesto para el ataque, y los cortesanos dedicados á buscar soberanos se dirigieron hacia otro personaje, el príncipe Amadeo de Saboya, que consintió en probar el fruto, á veces amargo, de la realeza (1870): no le faltó mucho para que su destino fuera análogo al de otro coronado, el emperador Maximiliano. Durante más de dos años tuvo que luchar contra sus enemigos, de un lado los carlistas, de otro los republicanos, y lo que es peor, contra sus falsos amigos los monárquicos constitucionales y liberales; sobre todo hubo de conformar su voluntad con las órdenes de la Iglesia y con las de los grandes propietarios de Cuba. Por último, llegó al extremo de tener que abdicar (1873), dejando el poder al partido que se mostrara más fuerte.

A mediados de 1870, la lucha diplomática entablada hacía mucho tiempo entre Francia y Prusia, llegó á la declaración de guerra. Bismark tuvo el talento de producir la ruptura definitiva, hasta por mentiras telegráficas, pero arreglándose de modo que el adversario pronunciará la palabra fatal: ante la opinión pública, tan fácil de engañar, las culpas habían de pesar sobre Francia, lo que constituía ya una primera victoria. Pero desde los primeros días de las hostilidades Prusia obtuvo un segundo éxito á los ojos del mundo, demostrando que estaba absolutamente dispuesta para el combate, mientras Francia, confiada á viejos militares sin inteligencia y envidiosos unos de otros, sólo había sabido alabarse neciamente de haber previsto hasta el «último botón de polaina», cuando en realidad había sido cogida de improviso y no poseía planes, ni víveres, ni la artillería necesarios; iba á batirse al azar contra un enemigo que veía claramente su objetivo.

Las probabilidades generales, sacadas del equilibrio de las naciones, estaban también en favor de Alemania. Si el imperio francés poseía cierto prestigio, debido á sus guerras afortunadas, se hallaba, sin embargo, bastante disminuído por su última aventura mejicana y por sus diversos fracasos diplomáticos con Prusia, en tanto que ésta gozaba de un prestigio nuevo, brillante y obtenido en la guerra contra Austria con una seguridad de método que no habían tenido los vencedores de Magenta y de Solferino. Verdad